

**“RELACIONES INTERNACIONALES EMPLEADAS
POR INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA REINA
ISABEL” (SIGLO XVI)**



AUTOR: Francisco Martínez Benavente

FECHA: 29 de Octubre de 2005

Índice

TEMA	PÁGINA
1. Introducción	3
2. Contexto Histórico Europeo	4
3. Teología	8
4. Cimientos Religiosos	9
5. Soberanía de Género: Matrimonio Y Relaciones Internacionales	12
6. La revuelta de Essex	14
7. Consejo y Parlamento	15
8. La Alianza de Habsburgo	16
9. Relaciones con Francia	17
10. El Inicio del Poder Naval	18
11. Los Españoles y la Armada	20
12. El Intento de Colonizar Irlanda	23
13. El Culto de Gloriana	24
14. Conclusiones	25
15. Bibliografía	26
16. Anexo “A”: Monarcas Europeos Durante el Reinado de Isabel	27

Introducción

En este trabajo, pretendo mostrar como las relaciones internacionales eran llevadas a cabo. Como, en esta época, la soberanía era inherente al monarca o soberano del reinado y no a los bordes de sus territorios. Como el gestor de estas relaciones internacionales es el soberano y no el estado; y como, dentro del tema de la soberanía, el género juega un papel tan importante, que ayuda a definir al matrimonio como un riesgo para una reina. De hecho, con las dos reinas, María Tudor e Isabel, los ingleses buscan diferenciar lo que es el estado, del soberano; sobre todo cuando parten considerando el matrimonio.

También me interesa esclarecer algunos puntos discordantes de las religiones protestante y católica y ver como sus diferencias van jugando un papel fundamental en las vidas de los ingleses y del día a día del reino de Isabel, para poder contextualizar las decisiones y hechos derivados de los personajes de esta época. Como influían las corrientes religiosas, como estaban conformados los organismos del estado, cuales eran los intereses de los monarcas europeos para con Inglaterra y vice-versa, la pericia y sabiduría, de Isabel para manejar las ofertas de matrimonio. Como los pensadores de la talla de John Dee y las acciones de Francis Drake fomentan e incentivan las ansías de descubrir y conquistar nuevos horizontes en toda Inglaterra y, finalmente, como era admirada la Reina Isabel dentro de su reino. Todos estos temas son los que voy a explicar y analizar en mi trabajo para lograr dar una luz sobre las relaciones internacionales empleadas por Inglaterra en la época de la reina Isabel" (siglo XVI)

Contexto Histórico Europeo

En el siglo dieciséis, el mundo occidental estaba centrado en Europa. América había sido un descubrimiento reciente y eran territorios para aventureros y exploradores deseosos de conquistar, descubrir y traer a Europa toda clase de maravillas, tales como las papas y el tabaco. La persona más importante en Europa era, sin duda, el Papa, quien residía, y hasta nuestros días, en el Vaticano. El catolicismo era todavía la religión predominante en Europa y el Papa, como cabeza de ella, tenía un enorme poder sobre los países católicos; aún incluso en aquellos no católicos, ejercía su influencia en los adherentes a la fe católica.

El más poderoso de los monarcas europeos era Felipe II de España. Su padre, Carlos V fue el hombre más poderoso que existió en Europa. No sólo era rey de España, sino que también tenía bajo su dominio a los Países Bajos y al Sagrado Imperio Romano, un título muy prestigioso de hecho. Felipe II heredó el trono de España y de los Países Bajos, también fue rey de Portugal por algún tiempo y era el dueño de la fuente de riqueza que constituían las américas. Hizo a España su lugar de residencia y bajo su mandato, la influencia española sobre el mundo llegó a su clímax, y se alzó como la nación más poderosa de Europa, si es que no del mundo.

La relación de Felipe II con sus vecinos fue bastante mala. Constantemente estaba en guerra con Francia, descuidó la administración en los Países Bajos, lo que llevó a unas rebeliones internas y posteriormente a guerras, y después, estuvo en permanente conflicto con la reina Isabel. Los soberanos estaban preocupados por las ambiciones expansionistas de Felipe II y, particularmente Isabel sacó provecho monetario al tratar de mantener a raya a la amenaza que representaba para ella la España católica, otorgando, discretamente patentes de corso e incentivando la piratería en los particulares.

No sólo significaba un aumento en sus arcas el hecho de capturar buques con dinero provenientes de América, sino que también era un retraso más en el presupuesto

español para iniciar una guerra en su contra, la llamada “Empresa de Inglaterra”.

España e Inglaterra entraron oficialmente en guerra en 1585, después de años de ataques menores de ambas partes. Felipe II murió en 1598, pero su hijo, Felipe II continuó la guerra.

Francia pasó por momentos difíciles durante los años del reinado de Isabel. En 1559 daba la impresión de que quería disputarle el papel de primera potencia europea a España. Cuando Enrique II murió en un accidente, su hijo Francisco se coronó como rey. Él estaba casado con María “reina de Escocia”, por lo que ella fue reina de Francia y de Escocia, representando una enorme amenaza para Isabel, ya que María reclamó el trono de Inglaterra también (como sucesora legítima). Inglaterra era vulnerable a una invasión proveniente de Escocia y Francia al mismo tiempo. Sin embargo, lo anterior era muy poco probable de llevarse a cabo, al ser Escocia una tierra con demasiados problemas internos y, los franceses, por su parte también tenían sus propios problemas, más que nada problemas de religión, por lo cual se hacía inviable el financiamiento de una invasión. Francisco murió muy poco tiempo después de haberse proclamado rey, por lo que María volvió a ser sólo reina de Escocia. Su suegra Catalina de Médicis, tenía muy malas relaciones con ella, por lo que decidió volver a Escocia.

Las guerras religiosas, mientras tanto, se expandían por todo el territorio francés. Francia era oficialmente católica, pero tenía demasiados protestantes que querían libertad para profesar su religión. Estos fueron llamados hugonotes y el punto más brutal de estas guerras fue cuando cerca de seis mil de ellos fueron masacrados en las vísperas del día de San Bartolomé. Era comentado por todos que, hombres, mujeres y niños eran acribillados en las calles de París hasta que las calles se llenaran de su sangre. Las noticias de este acto de brutalidad recorrió rápidamente el continente europeo y la reina Isabel dio por terminadas las negociaciones de matrimonio con el hermano del rey Carlos, el duque de Alençon. A pesar de los conflictos mencionados anteriormente, ambas, Inglaterra y Francia, necesitaban fortalecer una alianza para protegerse del poderío español. Cuando el horror de

la masacre hubo pasado, las negociaciones de matrimonio se retomaron nuevamente. Francis, el duque de Alençon, parecía ser el mejor candidato a desposar a Isabel (a pesar de ser lo suficientemente joven como para ser su hijo) ya que tenía cierta apatía con la causa protestante. Cuando su hermano murió y subió al trono, la proposición se volvió aún más tentadora, pero hubo mucha oposición en Inglaterra a que la reina se casara con un rey católico, y quizás por razones políticas, el matrimonio nunca se llevó a cabo. Los problemas internos de Francia aumentaron aún más a la muerte de Enrique III, ya que no tuvo un heredero directo. Enrique de Navarra era reconocido por muchos, como el que tenía más derechos sobre el trono, pero él era protestante y la gran mayoría católica se opuso tenazmente, por lo que Enrique comentó: “París bien vale una misa”; y así fue que se convirtió al catolicismo y se coronó como Enrique IV de Francia. Finalmente sería asesinado en 1609.

El sagrado imperio romano era un vasto territorio compuesto de muchas provincias, cada cual gobernada por su propio monarca. Este imperio incluía a Alemania, Austria y se extendía hasta incluir a Polonia por el Este. El Sagrado Emperador Romano era elegido por los monarcas provincianos y a pesar de ser una posición más bien simbólica, era un título muy prestigioso.

También estaban los países escandinavos que estaban compuestos de monarquías, por ejemplo Noruega estaba bajo el dominio de Dinamarca, y Suecia que, a pesar de no ser un país muy próspero, siendo un país protestante mantenía una alianza tácita con Inglaterra. El rey Eric de Suecia trató de casarse con Isabel durante años, pero no tuvo suerte.

Hungría y Polonia eran estados mucho más grandes de lo que son hoy en día y sus territorios limitaban con los del imperio turco otomano. Estos últimos fueron una amenaza considerable para la Europa cristiana, y un gran esfuerzo se puso en la cruzada liderada por Felipe II para combatirlos. Por siglos avanzaron conquistando territorios acercándose peligrosamente a Europa, hasta que el declive comenzó cuando los problemas internos derivados de la corrupción, terminaron mermando a su gobierno. La batalla de Lepanto en 1571 fue el punto en que comenzaron a retirarse de los territorios europeos,

después de ser derrotados por Felipe II. Después de eso, nunca más amenazaron a los cristianos de occidente.

Rusia era gobernada por el zar Iván “el terrible”, quien a pesar de estar en buenas relaciones con Inglaterra, no jugó un papel muy importante en la historia. La reina Isabel, una vez, le envió a su médico privado a la zarina.

El centro del comercio europeo estaba en Antwerp (Países Bajos). Con el comienzo de las disputas por la religión en contra de Felipe II, este centro lentamente se fue cambiando hacia Londres. Muchos protestantes de los Países Bajos se trasladaron hacia Inglaterra para buscar refugio y con ellos trajeron las enseñanzas de la artesanía y de la industria, habilidades que rápidamente los ingleses aprenderían.



MAPA DE EUROPA DEL SIGLO XVI

Teología

Para poder entender completamente los asuntos religiosos del reinado de Isabel, es esencial explicar las bases religiosas del protestantismo.

Los principales dogmas del protestantismo, descritos por Martín Lucero y desarrollados por Zwinglio y Calvino, son los siguientes. La gracia de Dios, “el perdón de todos los pecados y el paso al cielo” pueden sólo ser alcanzados a través de una fe incuestionable en Dios, lograda mediante un completo entendimiento de las escrituras. Lo anterior refuta completamente la creencia católica de que el cielo puede ser alcanzado a través de buenas obras (cuidado de los pobres, ayudar a lo enfermos, etc...), así como la institución de Indulgencias (un montón de papeles que descontaba tiempo de purgatorio a los mortales gracias a las buenas obras de los santos). Los protestantes no creen en el purgatorio, debido a que su existencia no tiene asidero en las escrituras.

La palabra BIBLIA es del todo importante para la creencia protestante; Tiene un significado completamente claro que debe ser seguido al pie de la letra. Los católicos, por su parte, son herejes al practicar ceremonias y seguir doctrinas que no tienen base en las escrituras. Por lo anterior, todos los íconos, pinturas y otros adornos son considerados NO SAGRADOS y como una incursión secular dentro del reinado de la creencia plena. El altar es una continuación de lo anterior, donde ubica al sacerdote aparte de la congregación y le otorga una presencia dominante que no debiera tener. En este contexto, el Papa es una exageración de la herética manera de elevar a un hombre artificialmente al estado de divino por sobre sus compañeros. Él tiene un poder secular y religioso que no tiene apoyo en las escrituras. Para los protestantes el ministro está sólo para dirigir la ceremonia, no tiene un lugar extraordinario en la Iglesia, es simplemente otro creyente más. Es por esto último que los protestantes se autodenominan “La comunidad de todos los creyentes”. Nadie es considerado más santo que otro por el solo hecho de haber tomado los votos.

Paradójicamente ellos asumen la doctrina de que son estados electos por Dios para unirse a Él en el cielo.

Esta es la razón por la cual la idea de profesar la fe a través de buenas obras es desechada, en este sistema todo está predestinado; no importa cuanto ayudes a tu prójimo fuera de lo estrictamente escrito en la Biblia, lo que en ella está escrito es lo que debes hacer. Estas ideas básicas deben tomarse en cuenta cuando se analicen las acciones de los protestantes ingleses. También hay que considerar cuán serio se tomaba el asunto de la religión en la época de la Reina Isabel. Esta era la justificación para el poder real (el “Divino Derecho de los Reyes) y, en consecuencia, la razón para sus estilos de vida, subordinados a un líder elegido por Dios para gobernarlos en la tierra. Aquellos como Marlowe, que creían que la religión era sólo para mantener a los hombres en una posición de sumisión, eran una minoría. Par la gran mayoría, la religión era defendida incluso con sus propias vidas.

Cimientos Religiosos

Para poder analizar cuales son las conductas de un monarca, el porqué de sus decisiones, y quienes están involucrados en ellas, es necesario estudiar el estado interno del reino, ver cuales eran los problemas y como se iba desarrollando la sociedad. El asunto de la religión era de vital importancia, muchos cambios fundamentales se habían producido y no era posible salir adelante mientras no se estableciera una política clara que encausara a los creyentes del reino y los centrara en las actividades propias de cada uno.

La muerte de María Tudor concentró las esperanzas de los Protestantes Ingleses en la persona de la nueva Reina, las que estaban completamente justificadas después del sufrimiento y desgracia que produjo el reinado de María Tudor, quien fue apodada como “María la Sanguinaria” (“Bloody Mary”). A pesar de lo anterior, muchos miraron con recelo y expectantes a ver que tanto éxito pudiese tener la nueva reina, Isabel, ya que era soltera, joven e inexperta. Aquellos que vivieron los cortos reinados de Eduardo VI y María, y de las políticas religiosas que trajeron consigo, sólo esperaban que el reinado de Isabel durara lo suficiente como para poder llevarlas a cabo.

Al subir al trono, la Reina fue precavida y cuidadosa de no hacer ninguna pronunciación definitiva para el asunto religioso. La situación con Francia hizo que cualquier intento de establecer el Protestantismo fuese muy peligroso por el momento, por lo que solo fortaleció las leyes ya existentes. Aunque a grandes rasgos, su comportamiento era visto con buenos ojos de los protestantes y con preocupación, por parte de los católicos.

Después de algún tiempo, se hizo evidente su intención de volver al estado religioso en el que Enrique VIII había dejado a Inglaterra; esto es doctrinariamente católico, pero con jurisdicción inglesa. Su principal objetivo era recuperar el poder que su padre había usurpado al Papa.

El término de las hostilidades con Francia y el reconocimiento de Isabel como reina de Inglaterra por el emperador Felipe II, le dieron a esta joven reina la estabilidad internacional que necesitaba para imponer sus cimientos religiosos. El Acto de Supremacía y el Acto de Uniformidad fueron promulgados; el primero tuvo muy pocos cambios con respecto a su similar anterior, en el que se situaba al Monarca Inglés a la cabeza de la Iglesia de Inglaterra, mientras que el segundo impuso al “Prayer Book” (traducción de algunos pasajes de la Biblia al inglés). Las tierras que habían sido confiscadas a la Iglesia, permanecerían en manos de sus actuales dueños. El clérigo debía predicar en contra del papismo, la superstición, imágenes y milagros. Finalmente, cada iglesia debía tener un púlpito para predicar la nueva religión y, los altares fueron prohibidos. Al haber hecho las cosas anteriormente mencionadas, Isabel satisfizo las metas más importantes de los protestantes que estuvieron exiliados durante el régimen de María. Estas habrían de ser los últimos grandes cimientos de la nueva religión Inglesa y a los cuales, Isabel se rehusó a ser cuestionada al respecto.

Posiblemente debido a la poca certeza de cualquier medida religiosa, las reformas de Isabel encontraron poca oposición de los ciudadanos, a pesar del hecho de que, en Inglaterra, la mayoría era católica. Cuando las comisiones fueron enviadas a los alrededores de Inglaterra para tomar el juramento de Supremacía, menos de trescientos se rehusaron a tomarlo. En este sentido, Isabel se las arregló para crear un orden equilibrado dentro de su reino. Por un lado se rehusó a perseguir a los no-conformistas mientras que por el otro, era rápida en aquietar a los protestantes radicales.

Un ejemplo de lo anterior es que, cuando el parlamento, en 1563 promulgó como acto de traición el no acatar el Acto de Supremacía, la reina ordenó a los sacerdotes que no tomaran el juramento más de una vez.

Este estado de reformas llegó pronto a su fin cuando, en 1570, el Papa Pío V lanzó la bula papal "*Regnans in Excelsis*"; la cual negaba cualquier autoridad a Isabel aduciendo herejía, por lo cual no podía ser reina. Revelarse contra ella se transformó en una obligación religiosa y declaró que cualquier nación que deseara atacarla estaría llevando a cabo una cruzada. Esto hizo que Isabel ya no pudiese seguir mostrándose conciliatoria con los católicos ingleses. Inmediatamente la publicación o la importación de la Bula papal quedó prohibida, y las tierras de los católicos en el exilio fueron confiscadas. Sin embargo lo anterior y a pesar de los consejos de los puritanos de su corte, Isabel aún rehusaba perseguir y aplastar a los católicos. Se percató de que los que aún permanecían en Inglaterra, estaban en completo desacuerdo con la Bula y que sólo querían profesar su religión de la manera más tranquila; además que no quería que se levantaran en rebelión debido a una persecución. Los fervientes católicos que podrían haber apoyado la Bula, se encontraban ya en el exilio y representaban poco peligro para ella. Algunos de estos últimos, en conjunto con miembros de la corte de Isabel, trataron de asesinar a la reina y promovieron interferencia internacional. Lo anterior fue ejecutado con el ánimo de instalar en el trono a María "Reina de Escocia" y liderada por Ridolphi Plot y el embajador de España, De Spes. Lo anterior fue rápidamente descubierto e incentivó medidas drásticas en contra de todos los católicos involucrados, terminando con la decapitación del Duque de Norfolk. La suma total de los hechos mencionados anteriormente, demostraron el acierto en materia de religión de Isabel, a pesar del confrontacional tono de la Bula Papal. Su política debe ser considerada como un éxito; aunque no logró restablecer el catolicismo anglicano de su padre, creó un cimiento religioso que fue aceptado por la gran mayoría y resultó ser la última doctrina inglesa en esta materia.

Soberanía de Género: Matrimonio y Relaciones Internacionales

¿Cómo va a poder una mujer, gobernar una nación cuando no puede gobernar una casa? Esta fue la pregunta que se mantuvo en boga durante el período de reinado de María Tudor e Isabel. Claro, porque una mujer o debía dedicarse a su marido y a sus hijos, o debía dedicarse a gobernar. Así es que el asunto del matrimonio para Isabel se iba transformando en algo peligroso, para ella y para Inglaterra.

El asunto que se hizo presente durante casi todo el reinado de Isabel, fue con quién debería casarse. Claramente el hecho o la duda sobre si ella se casaría o que quisiera casarse, estaba fuera de discusión. Claro, ya que se consideraba el matrimonio, como el curso natural de la vida y, además, desde un punto de vista político, prometía afirmar su soberanía y aumentar la seguridad interna. Hechos como la sucesión (frecuentemente causal de muchas guerras) quedaban zanjados y también se establecían alianzas entre los reinos y se expandían los dominios en el exterior. El matrimonio de los monarcas no era la excepción, sino la regla. Una demostración de que hasta nuestros días el matrimonio es esencial en el análisis de relaciones exteriores es el hecho de que las esposas de los diplomáticos han estado siendo tratadas como “no-oficiales” (y sin sueldo), sin embargo son parte integral del cuerpo diplomático de muchos países. De hecho el género y el matrimonio fueron muy importantes, ya que en esta época la soberanía no se consideraba como algo “dentro de un territorio”, sino que materializada en la persona del Rey o la Reina. La mayoría de los matrimonios eran entre los hijos e hijas de los soberanos o, a lo más, un soberano y la hija de otro soberano. Bajo estas circunstancias, los matrimonios alianzas nunca terminaron en revueltas populares o en guerras civiles. Si afectaba o cómo afectaba el matrimonio a las soberanías involucradas era algo que se podía manejar a través de contratos prenupciales. Una reina, por otro lado, tenía dos opciones: casarse con uno de los nobles de su país o con un príncipe extranjero.

Si se casaba con el primero, el matrimonio prácticamente la deshonraría en vez de engrandecerla, ya que no obtendría títulos que alzarán su estatus ni tampoco obtendría nuevos dominios. Casarse con otro monarca, en cambio, podría darle títulos y tierras en el extranjero, pero a un gran costo para su soberanía. Aún en asuntos de poca importancia, como los acuerdos acerca de dónde vivirá la reina después de su matrimonio, menoscababan su estatura real. Las tres posibilidades eran: que la reina eligiera vivir en los dominios de su marido, que cada uno siguiera viviendo en sus respectivos dominios, o bien que ambos vivieran en los dominios de la reina. Con respecto a esta última opción, Bodin señaló que un extranjero en dominios de la reina podría: “instruir a la gente en extrañas leyes, en extrañas religiones, en extrañas maneras y modas”; además de darle un sitio honorable y un mando sobre asuntos del reino a un extraño. En efecto, cuales fueran sus acuerdos posteriores al matrimonio, la reina dejaría de disfrutar plena soberanía. Aún incluso si optaran por vivir en sus propios dominios; Stubbs, consideraba que un rey, en su ausencia, instalaría sus propios asesores para “guiar” a la reina en materia de estado. Nada de lo anteriormente mencionado, sobre lo que un marido podría hacer, habría parecido extraño para la gente de esta época, todo lo contrario; estas acciones eran sus prerrogativas. El derecho civil y la costumbre, aprobaban este tipo de arreglos, dictando que “el matrimonio, esencialmente, constituía un dominio natural del hombre sobre la mujer”. Los diferentes votos matrimoniales aclaran este aspecto desde el inicio de sus vidas de matrimonio; el hombre juraba “amar”, “apoyar”, “honrar” y “mantener” a su mujer en momentos de enfermedad y bienestar. La mujer, aparentemente en orden descendente, juraba “obedecer”, “servir”, “amar”, “honrar” y “mantener” a su marido. (Ceremonia de Matrimonio, extraída desde el Prayer Book de Eduardo VI). Estos mismos votos de obediencia son aplicables para cualquier reina que entre “bajo al mandato de Dios, en el sagrado estado del matrimonio”. Para el parlamento el tema del matrimonio era un asunto que tenía sus pros y sus contras. Por un lado, ellos querían que su reina se casara y tuviese descendencia para que se diera por solucionado el asunto de la sucesión (en los primeros años del reinado de Isabel, el parlamento esperaba que la reina se casara rápido y aceptablemente para que su marido se encargara de los asuntos de estado).

Aunque por otro lado, el matrimonio podría subyugar a la reina a otro monarca y, junto con ella, subyugar a toda Inglaterra.

Este es un dilema que estará, durante todo el reinado, dando vueltas y que, más adelante, veremos de que forma influiría en la política internacional de Isabel

La Revuelta de Essex

Robert Devereux, el conde de Essex, era muy popular con la reina. Durante períodos era a él a quien la reina más atenciones otorgaba, levantando con esto, la envidia del resto del consejo real. A pesar de lo anterior, nunca lo consideró capaz de dirigir poder político alguno, por lo que nombró a Robert Cecil como un ente capaz de lograr lo anterior y, además ser un ente opuesto a Essex en la corte y mantener un equilibrio. Con el tiempo, la arrogancia del conde, le hizo acreedor de muchos enemigos, dentro de los cuales se contaban algunos de los hombres más poderosos de Inglaterra. Estos últimos lograron que la reina tornara su favor en contra del conde, y lo despojó de todos sus títulos. En ese momento, Essex, lidera una revuelta para deponer a Isabel, tratando de levantar adeptos a su causa en las calles de Londres. Cual sería su sorpresa cuando los ciudadanos de Londres se declararan en contra de la revuelta para deponer a su amada reina. Tiempo después, Essex sería decapitado y toda la revuelta sería un fracaso.

Esta es una prueba de sabiduría de la Reina Isabel, ya que, a pesar de sentirse atraída hacia él, nunca dejó que sus sentimientos opacaran su buen juicio hasta terminar, finalmente, tomando la decisión de decapitarlo.

El Consejo y el Parlamento

El consejo y el parlamento eran dos instrumentos que poseía Isabel para llevar adelante sus políticas en su reinado. A continuación explicaré en que consistían y cómo se desenvolvían.

Los más liberales describirían al parlamento de aquellos años, en términos de desarrollo hacia la forma democrática que presenta en nuestros días. Se podía clasificar a las “Casas del Parlamento” (cámara de los Comunes y de los Lores) como unos entes organizados de oposición a la reina, basados en influencias puritanas, tratando de llevarlas cada vez más lejos. El poder del parlamento se basaba, a grandes rasgos, en el poder del pueblo. En la práctica esto les daba poder de prestar dinero y reafirmar el derecho común o consuetudinario. Desde un punto de vista, ellos tenían todo el poder para gobernar, ya que estaba compuesto de aquellos individuos que pagan sus impuestos, y que peleaban en las guerras; eran ellos los más interesados en que se lograra la victoria y obtener beneficios. Sin embargo, el consejo tenía mayores prerrogativas, debido al hecho de que eran elegidos por la reina, la que a su vez era elegida por Dios; lo que les otorgaba un derecho casi divino (para las creencias de la época).

El consejo, al tener gran cercanía con la reina, estaba más a mano para poder ser consultado e influenciado por ella. Es por eso que temas controversiales como la sucesión, normalmente salían a la luz en el parlamento. Esto no quiere decir que siguieran todas sus políticas al pie de la letra. Por ejemplo, apoyaron las rebeliones protestantes en Europa, mientras que ella se rehusaba a actuar en contra de otro monarca (al menos no abiertamente). De hecho, el consejo no sólo sugería cursos de acción, sino que intentaba manipularla para que siguiera la voluntad del consejo, y el mejor hombre para realizar esta tarea, era el secretario, quien controlaba el flujo de información hacia la reina. Cecil era particularmente adepto a la idea de manipularla, amenazándola con renunciar cuando quería que cambiara su política. Tuvo buenos resultados al cambiar su decisión en temas como su propuesta de matrimonio de Dudley y la rebelión protestante en Escocia.

A fines de 1560, la reina se dio cuenta de estas presiones y llegó un momento en que evitó acercarse a su consejo por miedo a ser presionada y realizar una mala decisión. El poder del consejo, a pesar de lo anterior, sólo se basaba en lograr que la reina tomara una decisión apoyada por ellos, no tenían poder inherente en sus personas. Es por esto que el parlamento tenía una ventaja teórica por sobre el consejo. Además la ley Inglesa estaba basada en el Derecho Consuetudinario, por lo que para ser realmente válida, debía ser originada desde el parlamento, incluida la ley de impuestos.

En resumen, el parlamento y el consejo estaban completamente subordinados a la reina. El uso que Enrique VIII le dio a su parlamento, llevó a la creencia de que los parlamentarios estaban en su derecho de cuestionarlo todo. Isabel se encargó de dejar en claro que ciertas cosas (tales como la sucesión) eran de única y exclusiva preocupación de la reina.

Aquellos que olvidaban la preeminencia de la reina, se encontraban al tiempo después decapitados (como a Essex). La reina una vez dijo: “Yo soy su Reina, jamás por medio de la violencia, me harán cambiar de opinión”.

La Alianza de los Habsburgo

Las relaciones con los Habsburgo fueron cada vez menos, debido a las atrocidades del reinado de María. La quema de los protestantes fue un hecho al que se le atribuyó a la política exterior de Felipe II de España (que a su vez estaba casado con María). Muchos ingleses, durante los primeros años de su reinado temieron que liderara una cruzada con el fin de devolver a Inglaterra al seno de la Iglesia Católica; uno de los hechos que confirmó esta creencia fue el tratado de Cateau-Cambresis (1559) en el cual, Francia y España se aliaban e iniciaban una guerra en contra del protestantismo en toda Europa. A pesar de que Inglaterra fue parte de este tratado (obligada debido a su precaria estabilidad, interna y externa), muchos ingleses lo vieron como una conspiración internacional para deponer a Isabel.

El matrimonio de Felipe II con la hija de Enrique II de Francia, robusteció aún más esta alianza. Al parecer la alianza Tudor-Habsburgo, que tantos frutos dio bajo el reinado de María, estaba llegando a su fin; hubo algunos que segados por el miedo de una cruzada española en su contra, creyeron que la mejor forma de protegerse era cooperando en la alianza. Además de que dentro de esta alianza estaba el emperador de Habsburgo, Fernando, a quién creían capaz de protegerlos ante una eventual cruzada francesa.

Por los hechos comentados anteriormente, Isabel aceptó esta alianza y le dio la bienvenida al embajador de España a su corte. En 1559 Felipe II le propuso matrimonio a la Reina de Inglaterra. La opinión pública estaba en contra de tener una influencia extranjera tan cerca de la corona, rechazándola de plano, mas Isabel fue lo suficientemente inteligente para lograr que su negativa fuese lo más natural posible, arguyendo que también tenía pretensiones de casarse con el hijo del emperador de Habsburgo, el archiduque Carlos. Así es como las negociaciones se fueron dilatando hasta que, en 1567 quedó claro que las diferencias religiosas de ambos estados hacían impracticable su conclusión.

Aunque parezca paradójico, esto no llevó a un quiebre en las relaciones entre ambos monarcas, de hecho Felipe II estaba satisfecho con el reinado de Isabel, siempre y cuando no apoyara la causa del protestantismo en Europa. El hecho de que hubiese estallado la guerra en los 1580 se debió única y exclusivamente a que la ayuda prestada por Isabel a los Países Bajos y a Francia, fue tomada como un apoyo a los protestantes.

Relaciones con Francia

Durante los primeros años del reinado de Isabel su política exterior, particularmente la concerniente a Francia, fue muy parecida a la de los Tudor antecesores, tratando de recuperar los territorios perdidos en el norte de Francia (Obtenidos después de la Guerra de los Cien Años). Esta fue una de las razones por las cuales Isabel decidió intervenir en la Guerra Civil francesa, peleada entre los protestantes (hugonotes) y los católicos. Obviamente fue una jugada acertada teniendo en cuenta la debilidad en que se encontraba Francia en ese momento.

En un principio, Isabel estaba indecisa a apoyar alguno de ambos bandos en la guerra, en vez de eso estaba más decidida a mediar un arreglo entre las partes. En Junio de 1562, cuando se rumoreaba que los Habsburgo estaban enviando tropas para aplastar a los hugonotes, Isabel se decidió a tomar parte en las acciones. En Julio, Isabel firmaba el Tratado de Hampton Court, en el cual se comprometía a enviar ayuda en armas y en dinero. Nadie en Inglaterra veía con buenos ojos una victoria del catolicismo, es más, se creía que después de una victoria de ellos, comenzaría un exterminio de protestantes por toda Europa. Cuando en 1562, el líder de las fuerzas de los hugonotes -CONDE- fue capturado, Inglaterra estaba en una humillante posición. Isabel dejó de enviar dinero, pero trató de mantener Le-Havre como un intercambio de tierras por Calais en un futuro tratado de paz. Las fuerzas francesas rodearon el pueblo mientras que la plaga infectaba a los habitantes; al final, las fuerzas inglesas tuvieron que ser desalojadas, vencidas y humilladas. Esta sería la última vez que un monarca inglés intentara recuperar los territorios perdidos en Francia.

El Inicio del Poder Naval

Los historiadores de la época trataron de graficar la historia de los descubrimientos del nuevo mundo para tratar de demostrar, de algún modo, que era Inglaterra la que tenía derecho de propiedad sobre América, dejando a los españoles y portugueses a un lado. Fue así que John Dee, un galés nacido en 1527, pupilo del mismo Gerard Mercator, el gran cartógrafo holandés, y hábil en muchas materias relacionadas con las matemáticas, desde la astronomía y la geografía, hasta en el descifrado de códigos secretos, recabó información y estableció que en los tiempos del Rey Arturo, su imperio (primera vez que se hacía referencia a los dominios ingleses como “imperio”) incluía Irlanda, Escocia, Islandia, Groenlandia, las Orcadas, Dinamarca y la Galia, además de todos los mares que los conectan, y como también Dee encontró una historia de que Arturo alguna vez patrocinó una expedición al oeste del atlántico, el “Imperio británico” también debía incluir

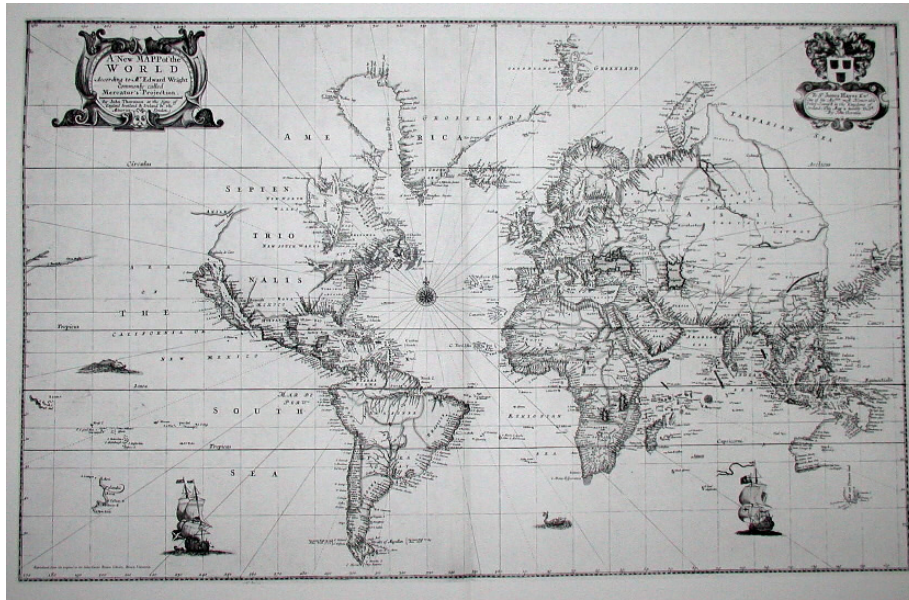
Norteamérica. Es así como llega aún más lejos y afirma: “Ningún rey, ni ningún reino tienen por naturaleza o por su desarrollo, un poder más valedero que el que tiene Isabel para establecer un Imperio mundial. A la cabeza de esta “monarquía Imperial”, que heredó del rey Arturo, Isabel era libre de establecer un mandato universal, que John Foxe había previsto, para ella y que hubo esquivado a cualquier otro monarca casi tan poderoso como ella, desde Alejandro Magno y la antigua Roma, hasta las toda poderosas potencias ibéricas de Portugal y España. ¿Pero como podría lograr todo esto desde su pequeña isla-reino? Todo lo que se necesitaba, decía Dee, eran a lo menos tres veleros o más; en ningún caso menos, bien apertrechados con cañones y víveres, y bien maniobrados con hombres del talento de Drake o Hawkins. Aquella armada podría garantizar que “de aquí en adelante ninguna Francia, Dinamarca, Escocia, España ni ningún otro país tuviese la libertad de invadirnos o... perturbar el sagrado estado de nuestra tranquilidad”. Protegerá las costas inglesas y el paso desde el Oeste hacia el canal; limpiará nuestros mares de los piratas y expulsará las flotas pesqueras del mar del norte y de los Grandes Bancos (bancos de peces, ubicados en las cercanías de Islandia) que, en virtud del derecho antes expuesto, pertenecen a Inglaterra

Acrescentará nuestro comercio marítimo y ningún rey extranjero podrá siquiera pensar en una invasión sin enfrentar a este “terror de los mares”. Una Armada permanente, Dee concluía, era la “Llave Maestra con la cual se abrirían todas las cerraduras que mantienen alejado a este incomparable Imperio Británico” de expandir sus comercio global y de descubrir nuevas tierras. El constante flujo de tesoros, hará de Inglaterra la nación más rica y prospera del planeta, y más que pagará por los costos de la marina. Un nuevo orden mundial se alzaría, Dee predecía, en el que todos los monarcas del mundo se reverenciarán ante nuestra voluntad. “La Gloria de Dios, el bienestar público y el honorable renombre de estas Islas-Imperio” gobernarán el planeta.

En el contexto de la historia mundial, podríamos llamar a Dee como un profeta, pero para la época fue considerado sólo como un soñador con buenas intenciones.

Este pensamiento, junto a la circunnavegación de Drake en 1580 a bordo del Golden Hind, sentarían los cimientos de las ansias de una nación por volcarse a las aventuras

transoceánicas, de emprender nuevo rumbos, descubrir nuevas tierras y reclamarlas para la reina, de aumentar el exiguo comercio marítimo y de obtener recursos mediante el corso en contra de los enemigos de su majestad, serían las principales causas de la creación del gran poder naval Inglés del siglo XVI.



MAPA MUNDIAL CONFECCIONADO POR EDGARD WRIGHT EN 1598

Los Españoles y la Armada

Posterior a la confabulación para ser destronada por María “reina de los escoceses”, Isabel tuvo muy claro que Felipe II era su más enconado enemigo y de Inglaterra completa. Envio ayuda a los hugonotes de La Rochelle y también a los holandeses mientras pudo, además autorizó a los privados para armar sus propias pequeñas flotas y atacar el comercio español en las cercanías del canal de la Mancha, pero una confrontación directa contra España, una guerra que no podía financiar, ni que tampoco podía ganar, estaba completamente descartada. Además, el motor comercial y mercado receptor de los

productos ingleses en Europa era Antwerp, ciudad dominada por España. Por lo que una guerra con ella sería un golpe directo a su economía. Lo que si pudieron prever era que si la guerra era inevitable, el mar sería su primera y principal línea de defensa. En 1570 y luego en 1572 intentó conformar una marina de guerra para el reino; la medida más importante fue instaurar el miércoles y el viernes como los días nacionales del pescado; buscando con esto incentivar la navegación y la pesca (bases del poderío naval de esa época). Es así como irónicamente, la seguridad de Inglaterra estaba en estrecha relación con el precio del pescado. Pero si Inglaterra aún no podía financiar una guerra abierta contra España, si podían financiar una encubierta, gracias a una de las más viejas costumbres marineras: la piratería. España tenía uno de los imperios más grandes que han existido y sus ejércitos eran los más poderosos desde las legiones romanas. Todo el dinero que necesitaba para mantener en funcionamiento su imperio lo extraía desde las minas de Perú y México. Cada viaje anual era realizado por un convoy de mercantes armados llamados la “flota”, los cuales traían a España alrededor de 2 millones de ducados (cerca de 3 veces el presupuesto de Inglaterra). Esto fue de lo que los corsarios ingleses se dieron cuenta, hombres como John Hawkins y Francis Drake vieron que todo el poder español dependía de una línea de comunicaciones marítimas muy débil. La guerra con España fue el resultado de un conjunto de hechos que fueron en su gran mayoría, asuntos de religión. Inglaterra ayudó a la causa protestante en los Países Bajos que, al haber sido territorio español, provocó la ira de esto últimos asumiendo como esta intromisión, una declaración de guerra.

Esta se comenzó a materializar en 1585, cuando Felipe II, armó la más grande flota de buques de guerra jamás antes vista. Consistía en más de 130 buques de guerra y 30.000 hombres, todo un récord para la época. El plan de los españoles era realizar una invasión a Inglaterra, transportando al ejército del Duque de Parma, compuesto de 27.000 soldados, desde Dunquerque hasta la costa inglesa. Los preparativos de la marina inglesa no se hicieron esperar y junto con confiscar todos los buques mercantes y armándolos con cañones, lograron reunir 140 buques, 10 más que los españoles. La batalla comenzó después de que los españoles, luego de varias semanas en la mar, hubiesen sufrido innumerables bajas por enfermedades y mal tiempo.

Al encontrarse las dos escuadras se produjo un intenso combate de cañones que, al final del día no dio un resultado decisivo, pero durante los siguientes, inclinaría la balanza a favor de los ingleses. Cabe destacar que el rendez- vous entre la armada española y el ejército que estaría en Dunquerque nunca se produjo, lo que provocó el desconcierto del Duque Medina-Sidonia que, sumado a los furtivos e incesantes ataques de los ingleses, además de las tormentas del canal de la Mancha, produjeron la desbandada de la “invencible armada”. La sola mantención de esta armada costaba 10 millones de ducados (app.7 veces más que su contraparte inglesa). Con lo anterior se demuestra la enorme presidencia del oro extraído de América para poder sostener el imperio y el poder militar español.

“La falta de un poder naval que le otorgara la supremacía en el mar, fue el factor decisivo que incidió directamente en fracaso de la invasión española.

Posterior a esta derrota, la obtención y apropiación de la “flota” española que traía oro desde América, se hizo cada vez más una obsesión y es así como el corso y la piratería se expandieron a niveles insospechados y difíciles de controlar y, lentamente las naciones europeas se percataron de que España podía ser derrotada, y que un nuevo orden mundial se alzaría; se iniciaría con el debacle de España y Portugal y, terminaría con el que dominara el mar.

Durante el período 1589-95 la gran mayoría de los combates tuvieron lugar en el norte de Francia y en los Países Bajos. La gran meta de Felipe II era destruir al protestante Enrique de Navarra en Francia, para que después los holandeses (con ayuda de Inglaterra), no tuviesen ningún aliado cuando les tocara a ellos.

Los problemas se incrementaron cuando Felipe II prometió una lucha sin cuartel a favor de la liga Católica, en respuesta a la coronación de Enrique como rey de Francia.

Cuando Francia firmó la paz con España, los esfuerzos ingleses se volcaron en los Países Bajos, haciéndose cada vez más penosa la aventura del cuerpo expedicionario inglés, pasando por escasez de alimentos, plagas y otros tormentos. De hecho, Shakespeare llegaría a imitar estas penalidades en sus obras. En 1589 la lucha llegó a su fin y la república holandesa estaba segura y, con esto, los intereses Ingleses.

El Intento de Colonizar Irlanda

Hasta el siglo XII, los reyes ingleses gozaron de un dominio formal de los territorios de Irlanda, pero desde entonces los jefes de las tribus celtas se fueron levantando cada vez más y más en su contra. Enrique XVII se coronó como rey de Irlanda y se apoderó de las propiedades y bienes de los antiguos monasterios, pero fue Isabel, junto a un miembro de su corte Henry Sydney, quien se decidió a aplastar cualquier intento de sublevación. Para Sydney, los irlandeses eran salvajes que no merecían llamarse “seres humanos”, decía que su meta era lograr “hacer el nombre de un inglés más terrible ahora que la presencia de cien de ellos antes”. Para lograr lo anterior, establecieron sistemas de plantaciones para colonizar los territorios más despoblados, neutralizar a los exploradores rebeldes y avistar con un tiempo de aviso a cualquier embarcación española y, los más conflictivos los dejarían con una guarnición armada. Este fue la pequeña gran emigración ocurrida en Europa en el siglo XVI. A grandes rasgos parece bastante loable esta iniciativa de conquista, pero el real interés de los ingleses eran las “utilidades”. Estos asentamientos se volvieron el modelo para todas las futuras colonias inglesas y, como los viajes de exploración hacia el nuevo mundo, fueron apoyados por inversionistas privados. El resultado de todo esto, terminó siendo algo muy cercano al genocidio de los irlandeses. John Foxe probablemente les enseñó a sus contemporáneos ingleses que eran el pueblo elegido de Dios, pero fue en Irlanda donde aprendieron a verse ellos mismos como los gobernantes de otros. Los españoles podían tener a América y el Caribe para explotar, los portugueses a Brasil y los mercados de Asia, pero los ingleses tenían, al menos, a Irlanda. Esto se tradujo en una “licencia” para gobernar, colonizar y masacrar. Un ejemplo de esto es la patente otorgada por Isabel al conde de Essex para limpiar étnicamente largas porciones de los territorios circundantes a Ulster.

El Culto de Gloriana

El poder y el prestigio de la monarquía ha sido siempre un asunto de propaganda, ya sea por las obras de arte, pinturas o literatura. El reinado de Isabel llevó esta propaganda hasta niveles mucho mayores a los conocidos hasta entonces y casi siempre gracias a la literatura. Por ejemplo, se le dieron nombres como “Gloriana”, “Astraea” y “Belphoebe” por escritores de la época para elevar su imagen por sobre el normal de los mortales e identificándola con el sentimiento del pueblo.

Esta propaganda, como dije anteriormente, fue muy efectiva; incluso hoy en día su reinado se piensa como algo así como una “Época de Oro” o de “Renacimiento”, única y exclusivamente por su literatura y pinturas.

Conclusiones

En este trabajo revisé y analicé diferentes hechos y episodios, ocurridos a través de los años de reinado de la reina Isabel, gracias a los cuales se puede concluir lo siguiente:

- Las enormes e irreconciliables diferencias entre el protestantismo y el catolicismo, llevó a los estados europeos a la guerra casi constante, las odiosidades y animadversiones hicieron que los que estuvieron en el poder, persiguieran y aplastaran a los que querían profesar su fe de otra forma; aumentando las odiosidades y llevando a los estados a un desangramiento continuo. Este sería un factor determinante en la manera de llevar las Relaciones Internacionales.
- La parte económica influyó en las relaciones internacionales, en menor medida, ya que sólo se buscó obtener ganancias a través de la piratería y asegurando el mercado de Antwerp para recibir la mercadería Inglesa.
- La falta de un poder naval hizo que España fuese incapaz de doblegar a Inglaterra, sufriendo una humillante derrota; la cual, le abrió los ojos al resto de Europa dejando en claro que, España podía ser derrotada.
- El matrimonio en ésta época claramente no favorecía a una Reina, ya que o disminuía su soberanía al casarse con un monarca extranjero o bajaba su estatus al casarse con un miembro de la nobleza inglesa.
- La derrota de la Invencible Armada, la circunnavegación de Francis Drake, las obras de John Dee y el intento de colonizar Irlanda, sentarían las premisas en las que se basaría todo el interés y desarrollo inglés una vez que España comenzara a decaer como gran potencia; en descubrir y conquistar nuevos territorios.

Bibliografía

- Rutherford, Edward. *London*. Madrid: Editorial Punto De Lectura, 2001
- Herman, Arthur. *To Rule The Waves*. New York: Harper Collins 2004
- Pág. Web *Historylearningsite*. Agosto 2004
(http://www.historylearningsite.co.uk/elizabeth_i.htm)
- Pág. Web *Answer* (<http://www.answers.com/topic/elizabeth-i>)
- Saco, Diana. *Marriage and International Relations in Elizabethan Times*. London: Sage Publications 1997
- Pág. Web *Elizabethi*. Julio 2004 (<http://www.elizabethi/uk/europe.html>)
- Pág. Web *Yahoo! Groups Elizabeth-I*
(<http://groups.yahoo.com/group/elizabeth-I/>)

ANEXO “A”

Monarcas Europeos Durante el Reinado de Isabel

PAPAS

1556-1559 Pablo IV	(Pietro Caraffa)
1559-1565 Pio IV	(Gian-Angelo de' Medici)
1565-1572 Pio V	(Michele Ghislieri)
1572-1585 Gregorio XIII	(Ugo Buoncompagno)
1586-1590 Sixtos V	(Felix Peretti)
1590-1590 Urbano VIII	(Giambattista Castagna)
1590-1591 Gregorio XIV	(Niccolo Sfondrato)
1591-1591 Inocente IX	(Gian-Antonio Fachinetto)
1592-1605 Clemente VIII	(Ippolito Aldobrandini)

ESPAÑA

Felipe II 1556-1598
Felipe III 1598-1621

SAGRADO EMPERADOR ROMANO

Fernando I 1558-1564
Maximiliano II 1564-1576
Rodolfo II 1576-1612

FRANCIA

Enrique II 1547-1559
Francisco II 1559
Carlos IX 1560-1574
Enrique III 1574 - 1589
Enrique IV 1589-1609

ESCOCIA

Maria, Reina de Escocia 1542-1567

Jaime VI 1567-1625

DINAMARCA Y NORUEGA

(Noruega estaba bajo dominio Danés)

1559 Cristian III muere

1559 Cristian II

1559-1588 Federico II

1588-1648 Cristian IV

SUECIA

Gustav Vasa 1523-60

Erik XIV 1560-68

Johan III 1568-92

Sigismund 1592-99

Karl IX 1599-1611

RUSIA

Ivan IV - 1533-1584

Fyodor I 1584 - 1598

Boris Godunov 1598- 1605